

La geografía invisible del afecto, tras la huella del ser en el espacio

María del Río Diéguez *

RESUMEN

El espacio es mucho más que una realidad geométrica: es el contenedor de la vida, de la memoria, de los deseos y de los ensueños. Una gran parte de lo que el ser humano es depende de su adaptación al marco referencial en el que vive: el espacio, que se convierte así en parte constituyente del sujeto. No sólo la piel, sino también el afecto son circundados por los lugares con los que el tiempo cimenta y articula la existencia. Por esto es importante y hasta urgente reflexionar acerca del carácter y de la realidad de los espacios que habitamos.

El ser humano se emplaza en el espacio por derecho, por cualidad, porque el espacio es aquello que posibilita la vida: el ámbito, la premisa esencial para el encuentro consigo mismo y con los otros. Habitar el espacio es hacer converger la experiencia, la memoria, el pensamiento, el devenir, el deseo y el dolor... hacer sonar las palabras en el aire, tender la mano, adelantar un pié e iniciar la marcha, abrir una puerta y franquear un umbral, mirar alrededor, nacer, respirar, morir.

...El punto por el que pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo. De soledad humana, el lugar por el que ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de acero o de piedra, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla.¹

El ser no es sino posibilidad de acción, de intervención en el espacio, incluso el ser inerte. Cada elemento del espacio existe a través de su exterioridad en dicho espacio en tanto cuerpo y en tanto principio trascendente en el tiempo. El ser así descrito trasciende el presente por la memoria en cuanto presencia temporal, pero mantiene la estructura espacial a la que sigue adherido más allá de su borde matérico. La experiencia del espacio se adscribe a la experiencia de los cuerpos activos, conduce o instrumenta el pensamiento; *toda experiencia supuestamente objetiva, material y social del espacio, es desde el inicio, y en razón de su propia geometría material, también una experiencia sociopolítica, y, por ello mismo, imaginaria.*²

El niño o la niña que nacen acontecen en un espacio que antes no existía,

generan un espacio que no existe previo a su existencia e irrumpen en la vida incluyendo en sí mismos un lugar y por tanto la posibilidad de habitar e intervenir el espacio previo a su nacimiento desde la exterioridad que su ser ha creado; así podría decirse que su ser es activo en el mundo a través de su estar, porque se inscribe en el espacio de los otros como referente concreto, capaz de articular el presente del aquí y del ahora como presencia más allá de sí mismo.

El lugar se refiere al espacio pero arranca del hecho emocional, de la acción afectiva. Podemos hablar del espacio como un hecho físico, geográfico, construido o emocional y trasladarlo al ámbito de la creación, al de la psicología o al de la ciencia. Podemos inscribirlo dentro del pensamiento metafísico: ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos?, pero cuando el espacio no se estudia o se explica desde el pensamiento, sino desde los intersticios que este pensamiento deja, aparece trascendiendo sus parámetros habituales porque lleva aparejado el ser en cuanto entidad, y por lo tanto pierde su dimensión y referencia específica para convertirse en parte esencial del yo que lo percibe.

G. de Humboldt se ha referido a lenguas que expresan el “yo” mediante un “aquí”, el “tú” mediante un “ahí”, el “él” mediante un “allí”, o que –gramaticalmente formulado– reproducen los pronombres personales por medio de adverbios de lugar. Es objeto de controversia cuál sea precisamente la significación primitiva de las expresiones de lugar, si la adverbial o la pronominal. La disputa pierde su base cuando se observa que los adverbios de lugar tienen una referencia al yo que “ser ahí”. El “aquí”, “allí” y “ahí” no son primariamente puras determinaciones de lugar (...) sino caracteres de la espacialidad original del “ser ahí”. Los presuntos adverbios de lugar son determinaciones del “ser ahí”, tienen primariamente una significación existencial y no categorial.³

El ser humano como presencia autónoma diferenciada se concibe a sí mismo esencialmente libre, y esta libertad se liga al espacio geográfico en tanto toda acción interviene y modifica a un lugar, y al espacio simbólico del pensamiento en tanto todo verbo interviene y modifica a un nombre, (habitar una casa, pasear por una calle, dormir en una cama). La privación de libertad se adscribe a la limitación de actuación en el espacio; constriñe el movimiento: no es sólo el silencio o la ausencia, es mucho más, es el dejar de formar parte de lo que habitualmente se halla contenido. La privación de libertad conserva el cuerpo, pero no su exterioridad, porque el espacio no se ciñe al borde de los cuerpos sino que los incluye, se adscribe al pensamiento y condiciona al ser, estableciendo márgenes para la relación, articulando con su actuación el tejido esencial para el desarrollo de la vida.

Cada persona siente desde que nace la necesidad de reconocerse como sujeto corpóreo, como individuo diferenciado en el espacio. Los primeros actos dirigidos conscientemente a un fin, distintos de los que se ligan a la supervivencia, se relacionan con esta búsqueda constante del encuentro de la propia consistencia y de la de los otros. Desde el principio el recién nacido explora

sin descanso su entorno. El reconocimiento de su cuerpo no se consigue sino desde su exterioridad, la percepción de sí mismo se logra desde aquello que su cuerpo no ocupa, por ello se enfrasca en el juego a veces obsesivo de dejar caer o arrojar lo más lejos posible todo objeto que le llegue a las manos, porque cada elemento del entorno señala una cualidad, una emoción, y es comprendido como parte esencial del universo; marca un referente para el yo corporal, y en la medida en que describe un espacio diferente se distancia y se aproxima, aporta la perspectiva necesaria para el conocimiento, posibilita el pensamiento en términos de gradiente de proximidad y afecto, haciendo del recorrido y de la pérdida un ámbito preciso, aquel que le potencia como habitante de un espacio que toma como suyo. De esta manera el juego consiste en comprenderse a través de su entorno, en vivenciar la presencia y la ausencia de los cuerpos, lo próximo y lo lejano.

El yo se hace tangible más allá de sí mismo, se aventura a inventarse diferente escondido o disfrazado: debajo de la mesa, o detrás de una máscara. El espacio cotidiano se cualifica a través del juego para una existencia distinta por el afecto, no por las paredes o los adornos, sino porque pasa a encontrarse investido de auténtica creación de lugar, y toma del sentimiento aquello que le es necesario para ser consecuente con el ser que lo ocupa y lo trasciende, hasta modificar con su nueva presencia su estructura misma. En el juego de la re-presentación de sí mismo la exterioridad cambia, por ello el espacio también se modifica. A través de este juego el niño aprende a preservar su ser, su yo, a pesar del espacio, *no quiere por lo tanto que se le adivine o se le reconozca. Juega a ser otro, pero sólo en el sentido en que uno juega a algo en su vida práctica, esto es, en el sentido de aparentar algo, colocarse en una posición distinta y suscitar una determinada apariencia. Aparentemente el que juega de este modo está negando su continuidad consigo mismo. Pero en realidad esta negación significa que sostiene esta continuidad consigo mismo y para sí, y que sólo se la está sustrayendo a aquellos ante los que está representando.*⁴ El juego de la re-presentación faculta al ser humano para reconocerse en todo ámbito; para calibrar la exterioridad de la que participa en la justa medida de sí mismo y en qué medida la modifica y la interviene, permitiéndole encontrar aquello que le es propio, ampliando sus posibilidades de creación de contextos favorables para sí.

El espacio y los objetos que contiene se vuelven elementos simbólicos del yo, son más que referentes, son parte de la realidad íntima, del hábito de vivir, se disponen como una segunda piel, envolviendo la frágil consistencia del ser, acentuándose en el estar, como un estable andamiaje para la rodadura por el mundo.

Hemos conocido a un niño prepsicótico que no podía entrar en la sala sin lanzar previamente todos los objetos a su disposición: pelotas, aros, anillos, cubos, etc. Únicamente tras haber investido el espacio a través de estas proyecciones simbólicas del yo, podía aventurar su cuerpo.⁵

La intervención en el espacio se produce primero desde el gesto: percutiendo el vacío cada movimiento imprime al espacio una carga de sentido, de valor emocional, que lo valida para poder inscribirlo en la experiencia y por tanto en la memoria. Cada lugar alberga en esencia la llegada de un nombre que lo afirma, que lo convoque a ser. De esta forma cada persona encuentra en el espacio que le rodea los elementos que constituyen parte de sí mismo y que le afectan. El gesto, el movimiento, la forma en que el cuerpo evoluciona en el espacio mientras camina, cuando reposa, cuando se ríe, se asusta, se enfurece... el estar en definitiva, constituye una parte integrante del ser, y este estar no es constante, sino que crece modificado por el ambiente, afectando a la conducta y a las posibilidades de actuación en el ámbito social y personal.

Cada ser humano diferente lleva aparejado su lugar, su particular percepción e intervención del espacio: lo agranda, o lo comprime, lo desea o lo aborrece, lo ocupa o lo abandona, pero siempre es su vida, su hábito de vivir, la que lo asienta y lo especifica. Cada pared, cada silla, cada mesa, no son en sí mismas elementos que articulan el espacio, son vehículos para la acción. El lugar no lo es a priori, sin un ser que lo perciba, y esto es algo que se olvida con frecuencia. A menudo el lugar se encuentra suspendido en el espacio objetivo en que se enmarca, no es *real*, sino que existe sometido a la memoria o al deseo. El territorio, la geografía, poco tienen que ver con el espacio percibido porque el espacio personal es de otra especie, diferente de los tabiques o del suelo que sostiene los cuerpos; se encuentra construido más allá de los parámetros físicos espacio-temporales, representado para uno mismo desde la propia existencia. Por ello la ordenación del espacio no puede obedecer a planteamientos rígidos, argumentados desde otro saber, desde otra intimidad y otra percepción. Una habitación, una calle, un aula, un despacho... no otra cosa que pre-ocupación del ser o de los seres que en algún momento los habiten.

La identidad se forja a través de la experiencia y la memoria, el lugar que cada uno ocupa en el mundo no discurre al margen del lugar que uno habita, porque ese lugar sobreviene articulado por las presencias y se construye desde un significante que es simbólico pero efectivamente real. En la casa, en la calle, en el aula, cada niño y cada niña definen un lugar, no diferente del cuerpo, sino resonante con él. Construir desde la identidad diferenciada de cada ser humano incluye hacerle parte, y así como se cambian las dimensiones de la cuna a la cama o de la ropa, para permitir el crecimiento sin constreñir el cuerpo, también las dimensiones simbólicas del espacio habitado han de ser modificadas para el adecuado desarrollo del ser.

El espacio impone límites, necesarios como parte constitutiva del cuerpo, para una adecuada aceptación como ser humano. La piel es un límite, la pared es un límite, el paisaje es un límite. Son capas indivisibles del ser para la percepción contrastada de uno mismo, para el logro de una adecuada relación consigo mismo y con el mundo. Pero los límites han de ser permeables, contruidos desde dentro y desde fuera; deben albergar intersticios frecuentes por donde la

realidad fluya ambientando la vida. La realidad es continua, no fragmentada, pero heterogénea y anisótropa. *El espacio no es ni isótropo ni neutro, es un campo de valores, trasposición de lo imaginario en lo real más que de lo real en lo imaginario.*⁶

Construir y habitar el espacio de manera discontinua, favoreciendo ámbitos de actuación no relacionados entre sí puede ser peligroso; impone límites herméticos, que cierran el espacio y lo articulan con rigidez y que favorecen comportamientos confusos, en los que la independencia y la individualidad aparecen teñidos de un alto grado de individualismo y de intolerancia.

La necesidad de sentir el espacio como lugar de relación tropieza muchas veces con la inhospitalidad de los espacios construidos. La casa, la calle, el barrio, son a menudo espacios que no posibilitan auténticos encuentros. Las imposiciones urbanas se ciñen con fuerza al tejido espacial donde se vive. Nos acostumbramos a habitar los espacios de forma parcial. La velocidad es parte del problema. El espacio es modificado por el tiempo y por la velocidad. Recorremos diariamente grandes distancias rápidamente, sin percibir de ellas más que el entorno concreto del vehículo en el que nos desplazamos. La peligrosidad de las calles por el tránsito rodado hace casi imposible los desplazamientos independientes de los niños, que se convierten así en habitantes de islas interconectadas por la decisión del adulto. El ser humano aprende a percibir el espacio exterior como un elemento agresor para su propia identidad; la ciudad y sus calles, el vecindario entero, aparecen distantes, aun estando próximos, y algunos lugares apartados pasan a aplacar el deseo de moverse libremente: parques de ocio, centros comerciales, playas o pueblos apartados. La libertad de movimientos se asocia al ocio y el escuálido espacio que presentan la casa y la escuela durante la infancia hacen que éstas resulten a menudo intolerables y evitadas. Los límites han dejado de ser permeables, la cuna no permite el crecimiento y sus barrotes han pasado a ser muros compactos que no permiten el flujo necesario del espacio exterior, fragmentando la actividad sin solución de continuidad.

Por otra parte la televisión ofrece la posibilidad de penetrar en lugares desconocidos y lejanos, que muchas veces entran a formar parte del espacio afectivo en el que se desarrolla la vida y que en muchos casos se adentra en él con un grado mayor de intensidad y deseo que en el de la propia vidas. El niño y la niña aprenden a vivir en múltiples espacios a los que acceden sin continuidad y que presentan características muy diferentes. La mayoría de ellos les son ajenos pero aparecen cargados de estímulos, son remotos en la distancia pero inmediatos en el tiempo y en el afecto. Pasan a formar parte de su experiencia sin ser experimentados realmente, sino de forma parcial, en tanto percepciones sesgadas desde algunos de los sentidos. Aprenden a prescindir de la emoción que implica una relación real, próxima; a descargarlos del potencial afectivo que no desprenden y a sumergirse en ellos de tal forma que su capacidad de adecuación a su medio inmediato se modifica, elaborando estrategias de actuación en forma de metas a

alcanzar que van en sintonía con esos espacios diferentes de su propia realidad cotidiana. El choque con ésta es frontal. Qué clase de estímulo son capaces de proporcionar los espacios domésticos habituales: la casa y el aula, con su carácter estático, dónde cada uno se enclava en un lugar sin apenas margen para el cambio. El lugar en la casa y en la escuela lleva aparejado un lugar social en forma de rol que condiciona las posibilidades de actuación y deviene ajustado a modelos previos, escasamente flexibles, que favorecen el desarrollo dentro de sus límites, pero que encuentran grandes dificultades cuando el ajuste no se produce; cuando el deseo de ser y la realidad del estar no corren parejos.

El ser humano siente la necesidad de encontrar su espacio, lo suficientemente amplio y permeable como para recorrerlo a la búsqueda estrategias que posibiliten la consecución de sus metas; como metáfora de su propia vida y esto conviene no olvidarlo, sobre todo desde aquellos ámbitos en los que se desarrolla su formación: la casa y la escuela, tan frecuentemente olvidados por todos.

-
- 1 César Vallejo. *No vive ya nadie... Poemas en prosa*.
 - 2 Luis Castro Nogueira. *La risa del espacio*. p. 51
 - 3 Martín Heidegger. *El ser y el tiempo*. p. 135-136
 - 4 H-G. Gadamer. *Verdad y método*. p. 156
 - 5 A. Lapierre B. Aucouturier. *Simbología del movimiento*. p. 64
 - 6 Abraham H. Moles y Elisabeth Rohmer. *Sicología del espacio*. P.39

BIBLIOGRAFÍA.

- CASTRO L.(1997). *La risa del espacio*. Madrid. Tecnos
- GADAMER, H.G. (1977). *Verdad y método. Fundamentos para una hermenéutica filosófica*». Salamanca Ediciones Sígueme
- HEIDEGGER, M.(1951): *El ser y el tiempo*. México. Fondo de Cultura Económica.
- MOLES, S.;ROHMER, E. (1972): «*Sicología del espacio*. Madrid. Ricardo Aguilera.
- LAPIERRE, A.; AUCOUTURIER, B. (1985): *Simbología del movimiento*. Barcelona .Ed. Científico Médica.
- VALLEJO, C. (1974): *Obra poética completa*. Perú. Mosca Azul Editores.

* María del Río Diéguez
Lcda. en Bellas Artes. Universidad Complutense